

ARTÍCULO

Crítica del pensamiento crítico. Cartografía de posicionamientos contemporáneos a propósito de la crítica y algunas orientaciones teóricas y clínicas en la materia

Critique of critical thinking. Cartography of contemporary positions regarding critique and some theoretical and clinical orientations on the subject

83

Saul Karsz¹

Red de Prácticas Sociales, Francia

Recibido: 02/08/2020

Aceptado: 06/10/2020

Cómo citar

Karsz, S. (2021). Crítica del pensamiento crítico. Cartografía de posicionamientos contemporáneos a propósito de la crítica y algunas orientaciones teóricas y clínicas en la materia. *Propuestas Críticas en Trabajo Social - Critical Proposals in Social Work* 1(1), 83-100. DOI: 10.5354/2735-6620.2021.61237

Resumen

El artículo discute posicionamientos contemporáneos en torno a la noción de crítica, cuestionando tanto los esquemas que la comprenden en términos binarios –acepción positiva de la crítica postulada por posiciones progresistas versus acepción negativa de la crítica asumida desde posiciones conservadoras– como aquella versión neoliberal de la crítica. Esta última formula algunos reparos y propone cambios necesarios bajo la condición esencial de contribuir a la

Palabras clave:
Crítica; ideología;
subjetividad;
objetividad;
neutralidad

reproducción del sistema global. Tanto la acepción positiva como la acepción negativa de la crítica son subsumidas por esta versión neoliberal, la cual, autoproclamada 'realista', 'constructiva' y 'moderna', domina el discurso contemporáneo. Las imbricaciones entre estas acepciones de la crítica son múltiples, desbordando el marco disciplinario y profesional en el que se enuncian. En este sentido, se proponen tres tesis sobre la cuestión de la crítica contemporánea: i) no existe la crítica en general, indeterminada, sin orientación precisa, sin compromiso social explícito o implícito, sin referencial teórico ni posicionamiento ideológico; ii) todas las acepciones críticas movilizan lógicas subjetivas las cuales son al mismo tiempo irreductibles; y iii) el binomio "objetividad necesaria/neutralidad imposible" juega un rol determinante en las diferentes acepciones, en sus dinámicas internas, en sus alianzas y en sus divergencias, e igualmente en las adhesiones y rechazos. Finalmente, se ofrece una reflexión sobre los resguardos que el pensamiento crítico debiera satisfacer para proseguir su tarea y enfrentar, con algún éxito, los desafíos del momento contemporáneo.

Abstract

The article discusses contemporary positions around the notion of critique, questioning both the schemes that comprise it in binary terms -positive acceptance of critique postulated by progressive positions versus negative acceptance of criticism assumed from conservative positions- as well as the neoliberal version of critique. The latter formulates some objections and proposes necessary changes under the essential condition of contributing to the reproduction of the global system. Both the positive and negative meanings of critique are subsumed by this neoliberal version, in which self-proclaimed 'realist', 'constructive' and 'modern' dominate contemporary discourse. The overlaps between these meanings of critique are multiple, going beyond the disciplinary and professional framework in which they are enunciated. In this sense, three theses are proposed on the question of contemporary critique: i) there is no critique in general, indeterminate, without precise orientation, without explicit or implicit social commitment, without theoretical framework or ideological positioning; ii) all critical meanings mobilize subjective logics which are, at the same time, irreducible; and iii) the binomial "necessary objectivity / impossible neutrality" plays a determining role in the different meanings, in their internal dynamics, in their alliances and in their divergences, and also in adhesions and rejections. Finally, a reflection is offered on the safeguards that critical thinking should satisfy in order to continue its task and face, with some success, the challenges of the contemporary moment.

Keywords:
Critique; ideology;
subjectivity;
objectivity;
neutrality



Introducción

“Crítico”, “pensamiento crítico”, “movimiento crítico”: fórmulas usuales en diferentes dominios de la experiencia y del conocimiento. Dotadas de un aura positiva en trabajo social y en ciencias sociales y humanas, estas fórmulas suelen despertar una adhesión inmediata. Funcionan como estandartes de reconocimiento. Su presencia en un discurso indica divergencias de forma o de fondo respecto de otros discursos, leyes, instituciones y prácticas. En oposición parcial o completa con el estado de cosas existente, el discurso crítico no se pretende neutro. Afirma un compromiso más o menos explícito en relación con ideales de progreso, preconiza rectificaciones de mayor o menor envergadura de lo existente. Sus adherentes suelen militar en agrupaciones políticas o culturales, publicaciones e instituciones progresistas, o bien a título personal pero no menos comprometido.

Escenario típico que no es, sin embargo, único. Varios otros son posibles, también muy difundidos. Ante todo, el escenario estrictamente opuesto: las posturas críticas despiertan fuertes reticencias y rechazos en los medios conservadores. Sinónimo de desestabilización, si no de destrucción de valores ancestrales y de prácticas consuetudinarias, se les recrimina su falta de capacidad creativa, su ignorancia y subestimación de los imperativos concretos del sector social, literario, sindical o político en los que actúan. Excepción notable: cuando se trata de denunciar las posiciones adversas, sobre todo progresistas, a fin de revelar los trasfondos, incoherencias y errores. En este caso, la crítica es continua, acerba, exaltada. Se afirma que las modalidades críticas desplegadas enfrente se nutren de resentimiento social, típico de los *losers*, e incluso de la salud mental dudosa de quienes la erigen en sistema. Por el contrario, se supone que quienes practican un uso medido y circunspecto de la crítica son serenos, despejados, lo que no impide alguna cólera virtuosa cuando sus ideales sufren tergiversaciones.

Por un lado, una acepción eminentemente positiva de la crítica, progresista, de izquierda. Por el otro, una acepción radicalmente negativa, conservadora, de derecha. Se trata de un enfrentamiento término a término. Es usual que la acepción positiva denuncie la representación caricaturesca de la crítica por parte de la acepción negativa, la cual, a su vez, pone de relieve las impregnaciones partidarias a las que cede su contrincante y de las que ella se considera exenta. Figuras típicas caracterizan cada acepción. En un caso, el *desmontaje crítico*, procedimiento que la acepción positiva utiliza a fin de develar las maniobras interesadas y crapulosas del campo antagonista. En el otro caso, la *impronta ideológica*, ese *encubrimiento de la realidad* de que adolece la crítica concebida como un valor sistemáticamente positivo. Se le suele enfrentar la verdad, la ciencia, la investigación honesta, la justa medida y otros

principios definidos como indiscutibles, que por supuesto todo individuo o grupo civilizado respeta. En más de una ocasión, la primera letra de los principios citados es una mayúscula, recurso lingüístico que subraya su intangible majestad.

El esquema binario - acepción positiva vs. acepción negativa de la crítica - corresponde a una realidad persistente, modulada según los campos disciplinarios y las coyunturas políticas. Se lo encuentra por doquier. Al punto que, si las posiciones progresistas asumen la acepción positiva y las posiciones conservadoras la acepción negativa, también cabe sostener, a la inversa, que la crítica aceptada o rechazada indica el carácter progresista o conservador de una posición. Dicho esquema reviste una real potencia definitoria. Sus términos funcionan como una línea de demarcación.

Sin embargo, como en todo esquema binario, la polaridad excluye los matices, interpenetraciones y entrecruzamientos entre sus diferentes elementos. Excluye, por ende, las combinaciones originales. Es lo que sucede con una postura relativamente reciente que, a partir del dominio sindical y político, se instala paulatinamente en el campo social, sanitario, educativo. No es imposible que se transforme progresivamente en la posición hegemónica en dichos campos, habida cuenta del hábil camuflaje ideológico y político que comporta.

Esta nueva postura rescata ingeniosamente la acepción positiva de la crítica oponiéndola a dicha acepción, esto es, a sus orígenes. Una suerte de retorno al remitente, por así decir. Estamos en presencia de una acepción a su manera positiva, pero, diferencia radical, desprovista de presupuestos y de objetivos progresistas. Perfectamente contemporánea, esta postura *new look* emerge en el marco del neoliberalismo hoy día triunfante en múltiples esferas de la existencia individual y colectiva. *Se trata de la versión neoliberal de la crítica* o, si se prefiere, de la crítica neoliberal del mundo existente, insaciable y siempre descontenta de la implantación aun incompleta del neoliberalismo en tal o cual sector.

No es ya cuestión, como en la opción negativa habitual, de rechazar la crítica ni tampoco de estigmatizar su uso sistemático. Al contrario, la crítica es afirmada neta y rotundamente - en tanto que atributo exclusivo de la opción otrora negativa pero finalmente modernizada, si no desinhibida. Tal es la verdadera crítica, la crítica digna de su nombre, que a la vez confirma los excesos ajenos y diseña senderos de renovación viables. Se trata aquí, precisamente, de forjar *críticas constructivas*. Fórmula *ad hoc*, típica de esta postura, que subraya hasta dónde la crítica es aceptable y cuándo se vuelve dañina. Su carácter constructivo atenúa su status crítico. Esta crítica benéfica para el sistema global o para el ámbito social o cultural en la que interviene formula algunos reparos y propone cambios necesarios - sin dejar de contribuir, condición



esencial, a la reproducción de dicho sistema. Por eso, si su predominio corre algún peligro, puede pasar alianzas tácticas con posturas extremas con las que no coincide necesariamente, pero le son útiles - fenómeno habitual en el dominio político.

Liberada de su inmovilismo de antaño, la acepción negativa transformada por la maquinaria neoliberal, se ha vuelto una opción autoproclamada realista. Como si hubiera pasado por *un lifting*. Espera así desdibujar la notoriedad más bien tenebrosa y obscurantista que la acepción negativa reviste en ciertos espacios. Espera al mismo tiempo sobrepasar la crítica supuestamente inauténtica y gratuita practicada por la acepción positiva y progresista. Hoy día, esta sigue predominando en todo tipo de posiciones anticuadas, incapaces de modernizarse, recalcitrantes a toda modificación en profundidad, a todo progreso efectivo. Lo ilustran, apunta esta tercera acepción, una buena parte de los sindicatos obreros y de los partidos que se dicen progresistas, unos y otros aferrados como sanguijuelas a viejos mitos apocalípticos, e incluso revolucionarios. La acepción positiva forma parte de la misma decadencia y engendra decepciones idénticas. En resumen, de aquí en adelante se extiende la era de la crítica realista, constructiva, moderna. Un nuevo mundo, una nueva crítica está en marcha. Las escuelas superiores de comercio, entre otras instituciones, suelen transmitir este tipo de discurso. Mutación - algunos dicen revolución - celebrada por vastas cohortes de escritores, profesores, ensayistas, periodistas, en numerosos países. Su lema es que el pensamiento crítico ha dejado de ser monopolio de la acepción positiva y, en política, de las corrientes progresistas. Por ello se debe elegir entre optimización (neoliberal) y anquilosamiento (progresista).

¿Qué cabe deducir de este panorama rápido, pero esperemos, suficientemente elocuente, a propósito de la crítica?

Su complejidad, indudablemente. Cada acepción, que hemos mencionado en singular, comprende en verdad múltiples variedades internas. Todas son plurales y dispares. Cada una nombra un grupo. El singular permite aislar el o los comunes denominadores, sin duda indispensables, diseminados de hecho en declinaciones heterogéneas.

Señalar semejante heterogeneidad constituye una puntuación útil contra los usos dogmáticos que imaginan la crítica admitida o la crítica descalificada como el arquetipo de toda crítica posible.

Complejidad, también, porque todas las acepciones evocadas se hallan socialmente situadas, articuladas a ciertas visiones del mundo, a determinadas doctrinas a propósito de las desigualdades económicas y los diferendos ideológicos y políticos, a concepciones a propósito de las especificidades de género. Ninguna opción se resume al mero marco profesional. Sus defensores y seguidores pueden ignorarlo, y hasta

desinteresarse de lo que catalogan como un contexto exterior a la crítica. Pero es raro que sus detractores sucumban a semejante ingenuidad; al contrario, suelen insistir una y otra vez sobre esta dimensión estratégica, a la vez profesional y extraprofesional. ¿Cómo ignorarla, en efecto? Vigentes en el ámbito del trabajo social, las diferentes opciones intervienen también en la acción sindical y política, en el seno de disciplinas como la epistemología, la pedagogía, la filosofía. Las ciencias sociales las practican asiduamente. Su integración en el sentido común, típico de clases medias, refuerza la apariencia evidente y natural de la opción negativa y tiende a desacreditar la opción positiva. En cuanto a la versión realista, sabemos que ocupa un espacio creciente en los discursos gerencialistas, las reivindicaciones de sindicatos y grupos de presión patronales, las publicaciones autodesignadas como moderadas, una buena parte de las redes periodísticas y en las campañas culturales en dirección a las clases populares.

Cabe entonces deducir que, en materia de crítica, las opciones contemporáneas se ordenan respecto del neoliberalismo: a favor, contra, en asociación - ninguna sin él. Este parámetro determinante, implícito o explícito, facilita la expansión de las acepciones negativas y realistas y acentúa el carácter anticuado y utópico de la acepción positiva. Tal es la condición socio-histórica gracias a la cual, independientemente de sus cualidades y fallas internas, ciertas acepciones prosperan y otras se empantanar, deben recomponerse, restaurar sus orientaciones y procedimientos. No está en juego la sola inteligencia, la pericia, el capital cultural de sus defensores y de sus atacantes. Porque no estamos en presencia de un vago contexto que se detendría mágicamente en el umbral de tal o cual acepción. Dicho parámetro socio-histórico constituye una condición de existencia o al contrario un obstáculo de peso. Fuente de inspiración inagotable o censura siempre alerta.

Reafirmemos entonces que todas las acepciones desbordan el marco profesional y disciplinario en el que se enuncian. Tal es la razón de sus eventuales convergencias y de sus francas oposiciones. Es también por ello que su defensa o su rechazo dan lugar a polémicas consistentes, a censuras y movilizaciones de envergadura, a adhesiones y discrepancias conscientes e inconscientes por parte de los sujetos humanos que las vehiculizan. Las diferentes acepciones operan sobre un objeto específico - la crítica - que es también un pretexto para abordar otras problemáticas, más generales. Sus modus operandi sobre sus objetos notorios sugieren las alianzas y oposiciones susceptibles de desplegarse en otros espacios, sobre otros objetos.

Por consecuencia, percibir las como grescas puramente intelectuales o meros puntos de vista personales implica desconocer que se trata de posicionamientos socio-históricos en materia de arte, de trabajo social, de acción política. Cuanto más se las toma a la letra, menos aparecen las ricas dimensiones que cada una conlleva. Y menos se

comprende que provoquen arduas polémicas, impresionantes afinidades, poderosos desacuerdos.

Tres tesis sobre la cuestión de la crítica contemporánea

Llegados a este punto, quisiéramos someter a la consideración del/la lectora tres tesis sobre la cuestión de la crítica contemporánea. Las discusiones ulteriores deberían corregir este esquema inicial.

Tesis 1. No existe la crítica en general, indeterminada, sin orientación precisa, sin compromiso social explícito o implícito, sin referencial teórico ni posicionamiento ideológico. No se trata de ningún tipo de *deber ser*, de estado deseable o simplemente posible (no debiera existir la crítica indeterminada, evitémosla, etc.). Esta primera tesis constata un estado real, una situación insoslayable: de hecho, semejante crítica no existe, ni puede existir.

En efecto, ninguna acepción se ejerce fuera de la historia social concreta, sino en un espacio encuadrado por fuerzas y circunstancias específicas, atravesado por cuestiones y problemas que cada opción trata a su manera. Esto vale para ayer, para hoy, y muy probablemente para mañana. Ejercer una acepción - positiva, negativa, realista - consiste en argumentar, apoyar o impugnar, en tomar partido en función de determinados referenciales teóricos e ideológicos. Condición *sine qua non* para dar cuenta de las formas y los contenidos de cada acepción, los aliados y los adversarios que se solicitan o podrían ser solicitados, los objetivos que se persiguen, la posición particular que define cada una.

Queda entonces claro que, cualquiera sea la posición respecto de la crítica, esta no se sostiene por ella misma, enunciarla no la hace automáticamente inteligible, ni menos aún la justifica. La crítica funciona por delegación. Defenderla, rechazarla o inventar una fórmula inédita, implica confirmar o cuestionar los referenciales teóricos e ideológicos que dicha crítica representa. No es fundamental que adherentes y adversarios estén al corriente de este dato objetivo, finalmente imposible de esquivar: la crítica es un eslabón en una cadena que se extiende más acá y más allá de ella. Apoyar o rechazar la crítica - en realidad, una modalidad crítica particular, dotada de contenidos y de objetivos determinados - es un acto en sí, una operación definida y es también, al mismo tiempo, indisolublemente, un síntoma a descifrar.

La crítica transita única y exclusivamente por acepciones, declinaciones, interpretaciones. Se encuentra inexorablemente inscrita en un posicionamiento particular: *crítica significa una cierta crítica*. Por ende, decir “crítica”, “pensamiento crítico”, “voluntad crítica” y otras fórmulas del mismo calibre equivalen a decir poco y



a sobreentender mucho, probablemente demasiado. Puerta abierta a toda suerte de equívocos y malos entendidos.

Tesis 2. Todas las acepciones críticas movilizan lógicas subjetivas las cuales son al mismo tiempo irreductibles. Tesis doble, dialéctica. Cualesquiera sean las acepciones, estas suponen individuos y grupos humanos que las llevan adelante o las impugnan, que se asocian o se excluyen e incluso se disputan en nombre de tal o cual postura teórico-práctica respecto de las críticas. A partir de esta necesaria presencia humana, como en todo otro dominio, se ponen en juego cuestiones de estatus y prestigio social, de colaboración y de competencia, tanto como elementos íntimos, narcisismos y sus inexorables heridas, preferencias y rencores significativos en la historia de los sujetos: la temática de la crítica sirve como soporte o excusa a fin de expresar -sublimar- o decantar configuraciones imaginarias, antiguas frustraciones y afanosos amores que no le conciernen obligatoriamente, pero que sirven de exutorio. En resumen, la recepción afable, hostil o indiferente de la crítica, así como sus recorridos institucionales y sociales se relacionan con intereses personales de toda índole, con posturas éticas de todos los colores, no siempre ejemplares, por lo demás.

Tomar en cuenta dicha variable subjetiva, identificar la dirección que imprime en la elaboración de una acepción, los ingredientes que acentúa o al contrario desecha, ayuda a desenmarañar situaciones a primera vista absurdas y argumentaciones aparentemente irracionales. La toma en cuenta de la variable subjetiva constituye una irremplazable contribución a la lógica raramente lineal de un sistema.

Beneficio complementario: dicha variable marca que ninguna de las tres acepciones encarna una entelequia autopropulsada, funcionando en circuito cerrado. Se trata, no de entidades momificadas, sino de formatos vivos, vivientes, evolutivos. Las pasiones que despiertan no presentan un cariz exclusivamente intelectual o únicamente político. Mujeres y hombres las manipulan, se enardecen por ellas, las agitan, aceptan pagar muy caro para hacerlas triunfar. Reserva capital, sin embargo: imposible establecer una tipología psíquica o, tentativa aún más descabellada, una causalidad psíquica de las diferentes acepciones críticas so pena de sucumbir al psicologismo, esa teología que hace derivar las configuraciones sociales de los deseos subjetivos convertidos en destinatarios predestinados de esas configuraciones. Teología que escribe “Sujeto” en mayúscula y lo pronuncia con gula eclesial porque confunde los sujetos humanos, seres sexuados, acribillados de ideologías, atravesados de historia social y de inconsciente, plenos de su ineluctable finitud, con entidades divinas y a-históricas, como si el mundo real fuera apenas un escenario y no una condición *sine qua non* de existencia.

Ahora bien, si los sujetos humanos intervienen en la aprobación y en los rebotes de las posiciones críticas, si en efecto son imprescindibles a la existencia de todas y cada una

de ellas, en ningún caso su presencia justifica por qué se opta por tal o cual acepción y contra tal o cual otra ni, menos aún, la forma, el contenido, la textura, el despliegue o la regresión de una acepción. En este sentido Hamlet nunca está muy lejos: hay muchas más cosas en la tierra y en el cielo, Horacio, que las que sospecha tu filosofía (Shakespeare, (1975 [1603])). En otros términos, la variable subjetiva se vuelve variación teológica cuando pretende explicar y explicarse sin recurso exterior alguno. Cuando esta explicación parcial se pretende omni-explicativa, fundamento de las cosas y de los seres, se abandona el mundo humano en pos de algún nimbo celestial.

En realidad, se trata nada menos, pero tampoco nada más, que de una dimensión importante, significativa, y sobre todo no única. Nada que ver con una causa soberana ni tampoco con una finalidad esencial. Las extrapolaciones abusivas, tal el psicologismo, pueden superarse cuando se presta atención a la singularidad de las situaciones, singularidad que incluye al mismo tiempo que excede los individuos y las colectividades; porque también están juego instituciones de toda suerte, relaciones de poder y de subordinación, mecanismos económicos. Proceder caso por caso, examinar qué está cada vez concretamente en juego y cómo este juego se efectúa de hecho. Si la variable subjetiva puede esclarecer ciertas situaciones, también puede arrojar una espesa cortina de humo sobre ellas.

En todo caso, descartemos la hipótesis de una intrusión subjetiva en la mecánica objetiva de las acepciones críticas. En vez de intrusión, articulación, gozne, juntura. Nada más superfluo que empecinarse en erradicar las lógicas subjetivas. Nada más interesante que trabajar gracias y pese a ellas. Queda entonces claro que ningún cordón sanitario es capaz de transformar en mundos impermeables las problemáticas subjetivas y las configuraciones sociales. Es, sin embargo, posible, que un cordón epistemológico nos evite embrollar esos elementos en una especie de magma indiferenciado.

Entremos en la segunda fase de nuestra tesis dialéctica, corolario de la precedente. Postulado: una vez producido un texto, su autor pasa a ser un lector más de dicho texto. Un lector que se suma a los todos los otros, sin privilegio particular. Lector que puede estar *demás* cuando insiste sobre las condiciones subjetivas, intenciones, placeres y desplaceres de su producción, sobre lo que quiso expresar, lo que quisiera que se comprenda del escrito - en detrimento de las dimensiones teóricas y políticas, o sea de los registros objetivos de los contenidos particulares, de los alcances y límites del texto. En estas condiciones, interrogar el resultado (arquitectura y lógica de la acepción crítica) es frecuentemente percibido como una puesta en duda de la honestidad del o de los productores, tal una herida narcisista infligida a su omnipotencia. Como si lo esencial consistiera en no ir al grano. Sucede lo mismo con la distinción “crítica auténtica / crítica falsa”, autojustificación de la opción realista, perfectamente inútil



para pensar la dinámica interna y externa de las opciones. Por eso el debate razonado es un acontecimiento más bien raro y el desfile de opiniones paralelas un ritual tan normal.

En resumen, las acepciones críticas no son subsumibles en la subjetividad individual o colectiva. Sus argumentaciones, tomas de posición, aliados y adversarios, referenciales teóricos e ideológicos, sus metas, movilizan perspectivas eminentemente conceptuales, sociales, económicas, corporativas, y por supuesto políticas. Están animadas por lógicas objetivas, como mínimo trans-subjetivas. En tanto tales, funcionan más acá y más allá del consentimiento de los individuos y los grupos. Obedecen a mecanismos, causalidades y limitaciones intrínsecas. Despliegan raciocinios que individuos y grupos pueden celebrar, desconocer o tergiversar sin que esto haga mella sobre sus funcionamientos - a menos, por supuesto, de penetrar en dichos funcionamientos y trabajarlos en consecuencia. En este sentido, las acepciones críticas son comparables a los cuerpos que, habida cuenta de la ley de la gravedad, caen hacia el centro de la tierra con o sin el acuerdo de los sujetos comprometidos en esta caída. Sin embargo, puesto que no hay fatalidad, la caída de los cuerpos tanto como las acepciones críticas admiten alternativas, excepciones, modificaciones de menor o mayor envergadura.

Consecuencia operacional: en el momento de discutir las diferentes posturas críticas, conviene prestar una atención minuciosa a la eventual confusión de niveles y a la amalgama de registros. Considerar entonces que las objeciones, réplicas y otras embestidas que uno recibe pueden representar señalamientos, marcas, indicaciones a reelaborar. Si nuestros adversarios no siempre tienen razón, en todo caso siempre tienen razones. En una palabra, el trabajo de despsicologización constituye una tarea altamente sensible para la salud. Suele ser fructuoso reemplazar las excitaciones narcisistas por alguna clarificación ética. Se hallan en juego la calidad, la pertinencia e incluso la eficacia de cada una de las acepciones críticas.

Tesis 3. El binomio “objetividad necesaria/neutralidad imposible” juega un rol determinante en las diferentes acepciones, en sus dinámicas internas, en sus alianzas y en sus divergencias, e igualmente en las adhesiones y rechazos de los individuos y los grupos a su respecto. La difusión o la censura de estas acepciones se hallan estrechamente correlacionadas con dicho binomio. Acordarle una plaza estratégica abre la vía a una serie de ventajosas elucidaciones.

Comencemos por evocar el problema que dicho binomio permite elaborar. Se trata, en efecto, de un clásico de la epistemología, las ciencias sociales, el derecho, las prácticas profesionales en trabajo social (diagnósticos, en particular) y su análisis clínico (la llamada “supervisión”) y las discusiones de sentido común.

¿De qué se trata? El título-tema del presente artículo (“crítica del pensamiento crítico”)

podría extenderse indefinidamente: “crítica de la crítica del pensamiento crítico”, y así en más hasta el infinito. Duplicación inagotable. ¿Hasta dónde podemos ir y cómo saber que llegamos a buen puerto? ¿Sobre qué toma apoyo esta crítica de la crítica y cómo estar seguro que una nueva crítica no será necesaria? Recordemos al respecto que, en sus escritos de juventud, Karl Marx (2006 [1844]) somete la postura de los llamados jóvenes hegelianos a una ironía tan despiadada cuanto acertada. A fin de asentar la crítica de todo sistema sobre bases definitivas, éstos inventan la “*crítica crítica*”, que se supone sobrepasa los límites de la crítica simple. Ingeniosa artimaña, puntúa Marx, que se pregunta sin embargo quién y cómo garantiza semejante crítica al cuadrado. ¿Por qué no proseguir la clonación? Muchos otros autores, antes y después de Marx, se confrontan con este problema efectivamente arduo. No solo autores, en verdad. Toda suerte de instancias tribunalicias operando en diversos dominios (legal, profesional, etcétera) son solicitadas a fin de enunciar la última, definitiva, auténtica y verídica palabra en un litigio existente o susceptible de advenir, establecer líneas de conducta y concesiones posibles. ¿La palabra así obtenida será objetiva y/o neutra? Por su parte, los tribunales saben que lejos de fijar las reglas perennes del binomio “objetividad/no-neutralidad”, en realidad esbozan compromisos provisorios y relativamente admisibles. La fatiga de los interesados y los apremios de la práctica suelen prevalecer en la aceptación de las sentencias emitidas.

Arduo problema, en efecto. Sobre todo, a causa del sobreentendido que lo impregna generalmente. Se supone, en efecto, que “objetividad” y “neutralidad” marchan al unísono, la presencia de la primera implica la presencia de la segunda y viceversa. No-neutralidad es entonces sinónimo de no-objetividad, y recíprocamente. Razón por la cual la acepción negativa denuncia simultáneamente la no-neutralidad y la objetividad deficiente, sino nula, de la acepción positiva: presupone que cada uno de estos factores explica el otro. Por ello suele prescindir de una definición precisa de un factor y por ende del otro.

Esta interpretación corriente no es, sin embargo, la única posible. Ni sobre todo la más fructífera. La sinonimia “objetividad = neutralidad” complica inútilmente el problema, y termina por tornarlo insoluble. Otro abordaje es posible, según el siguiente esquema de trabajo (Karsz, 2011 y 2017).

Consideremos la objetividad y no-neutralidad en términos de efectos específicos y por ende estructuralmente plural, dependientes de dos regímenes también ellos específicos y estructuralmente diferentes. No se trata de sinónimos intercambiables. Sus composiciones respectivas, sus objetos y sus objetivos difieren completa y totalmente. Dato fundamental de la interpretación que proponemos aquí.

La objetividad pertenece al régimen del conocimiento, de la argumentación. Su formación moviliza nociones y conceptos, rigor teórico y metodológico, exigencia lógica, demostración empírica. Su objetivo congrega reflexiones, análisis, debates. El error le es familiar; la rectificación al menos parcial, un mecanismo necesario y habitual. Apunta al conocimiento, momento-cumbre en un proceso de producción de definiciones relativas y progresivas, en cuyo curso la duda cambia varias veces de aspecto y de contenido, mientras persiste indefinidamente su función de estimulante aguijón. La objetividad es el efecto posible de las acepciones, en tanto que estas razonan su utilización de la crítica, justifican la necesidad o al contrario la ineficacia teórica y práctica de esta, las técnicas discursivas que despliegan, sus retóricas y términos-clave, y por supuesto su manera de contrarrestar a sus adversarios. En resumen: la objetividad es comparable a los pólderes holandeses, porciones de tierra firme ganadas al mar que necesitan consolidación constante a fin de no desaparecer.

La neutralidad alberga una miríada de componentes, de las creencias y pasiones subjetivas al compromiso social, de la sublimación a la militancia, de los intereses gremiales a los posicionamientos éticos, de la indiferencia a la responsabilización frente al devenir del mundo. Incluye asimismo “el instinto de clase”, metáfora de Lenin para las repercusiones, típicas e inconfundibles, inducidas por la plaza socioeconómica y política sobre las actitudes, afectos y pensamientos de los individuos y grupos que ocupan dicha plaza. Por su parte, habitualmente individuos y grupos viven estas repercusiones en términos de resultados espontáneos de su libre arbitrio, corolarios naturales y necesarios (inexplicables) de la vida en sociedad.

En la medida en que todos y cada uno de los componentes citados privilegian determinados elementos, posturas, objetivos, y excluyen otros, en la medida en que auspician determinadas posiciones contra otras, la neutralidad consiste siempre, de hecho, en una no-neutralidad.

Dos ejemplos. Un acta de fundación institucional (Constitución nacional, reglamento de un servicio social, orientación de una política social) proclama la neutralidad religiosa: se trata en realidad de un posicionamiento manifiestamente no-neutro respecto de la relación de las religiones con el aparato estatal, su presencia en las relaciones sociales, su carácter no obligatorio en la celebración de matrimonios y nacimientos, en la obtención de ayudas. Las estructuras religiosas suelen inquietarse sobremanera de esta no-neutralidad que, tomando partido contra el monopolio religioso de la vida civil, intentan contener la no-neutralidad de dichas estructuras. Otro ejemplo, las posturas éticas. Contrariamente a lo que pretende el espiritualismo, la fuerza de esas posturas les viene de sus no-neutralidades, del hecho de que no existen en el aire sino en el seno de la historia, en los compromisos contractados en favor de determinadas fuerzas sociales contra otras.

Reprochar a una acepción de no ser neutra es reprocharle el hecho de existir. Su pertinencia, la razón de su existencia, el hito que una acepción representa en un debate radica justamente en su no-neutralidad. Precisión de talla: jamás la neutralidad ni tampoco su ausencia están en juego. Se trata siempre, única y exclusivamente, de las formas, los contenidos, los alcances, los valores efectivamente adoptados o rechazados, las referencias concretamente apreciadas o menoscabadas, los posicionamientos realmente promulgados o -al contrario- descartados.

Sensatez, entonces, de la acepción negativa cuando enfatiza la no-neutralidad de la acepción positiva: cualquiera sea la temática abordada, es indiscutible que ésta enuncia perspectivas orientadas, interesadas, partidarias. Aserción indubitable. Aserción irremediabilmente errónea cuando supone que una acepción podría o debiera ser neutra, lo que permite a esta acepción negativa ignorar sus propios compromisos y parcialidades, su inscripción en una problemática teórica e ideológica históricamente connotada, sus lazos socialmente saturados con determinados puntos de vista, las controversias en cuyo seno toma parte y partido. En resumen, la acepción positiva no es neutra únicamente respecto de la no-neutralidad de la acepción negativa. Las acepciones no difieren porque algunas serían neutras y otras poco o nada, sino porque sus no-neutralidades respectivas no son de la misma calaña, porque persiguen metas cada vez singulares. Sin olvidar el hábito funesto que estigmatiza las prácticas, discursos y configuraciones cuya no-neutralidad diverge ostensiblemente de aquellas no reconocidas como tales, habida cuenta de su carácter dominante y de su apariencia universal.

Con mayor o menor regularidad, todas las acepciones utilizan uno de los registros para disminuir o para ensalzar el registro opuesto. Sean dos casos de figura, opuestos y complementarios. *Caso 1*: la no-neutralidad de una acepción disminuye automáticamente, e incluso invalida la performance cognitiva de dicha acepción, la pertinencia de sus enunciados, el rigor y el alcance de sus análisis. La acepción que padece de semejante falla axiológica sufre de graves dificultades para pensar correctamente. *Caso 2*: al contrario, gracias a su no-neutralidad, una acepción llega sin obstáculo mayor a razonar objetivamente la crítica y a emitir una postura adecuada en la materia - postura en que cada una, a su manera, puede adoptar las tres acepciones.

Ahora bien, la no-neutralidad, los compromisos y posicionamientos de las acepciones críticas no dispensan en absoluto de examinar lo más detallada y rigurosamente posible su objetividad eventual. Poco o nada se puede decir de esta objetividad sin adentrarse en el meollo de los análisis, en el texto y en la trastienda de los argumentos, en el cuerpo de los debates epistemológicos y clínicos. En otros términos, el turismo permite solo visitar mas no conocer un país, menos aún habitarlo, sentir y acompañar sus palpitaciones.

Dato determinante: la no-neutralidad puede representar un obstáculo o al contrario una apertura, puede trabar poco o mucho la producción de conocimientos o al contrario facilitarla grandemente. Las representaciones corrientes son tributarias de una visión parcial y parcelaria al respecto. En esta perspectiva, neutralidad y no-neutralidad representan juicios de valor, la primera eminentemente correcta y la segunda naturalmente nociva. Dichas representaciones son incapaces de captarlas nada menos y nada más que como realidades existentes, como configuraciones de hecho, ni buenas ni malas, susceptibles de diversas declinaciones. Tratándose de ideologías, prototipo por excelencia de no-neutralidad, las representaciones corrientes las imaginan como dispositivos únicamente anticientíficos, prisioneras de ciegas militancias, y no también - más de una vez, masivamente - como anticipaciones y acompañantes capitales del trabajo científico, como diseños de modalidades inéditas y acogedoras de existencia individual y colectiva. Relegadas al rol unilateral de adversarios empedernidos, resulta prácticamente imposible percibir que las ideologías constituyan aliadas preciosas, a menudo imprescindibles. Esta dificultad no reside en la temática de la ideología sino en su abordaje corriente, ordinario o pretendidamente científico.²

Avancemos. Objetividad indispensable, neutralidad imposible: estas puntuaciones ponen de relieve las características de una y otra configuración, y en consecuencia lo que cabe exigir o dejar de lado a su respecto. Configuraciones que, como vemos, son consideradas sucesivamente, cada una por su lado. Pero no es de ese modo que figuran y funcionan en las diferentes acepciones. Sus entrecruzamientos, influencias y recubrimientos son recíprocos y constantes; sus roles facilitadores o al contrario obstaculizadores se ejercen sin desmayo, en continuo, mutuamente. Cada una prospera o retrocede gracias y contra la configuración opuesta. Ninguna se encuentra al abrigo de la otra. Son específicas, no impermeables.

Estamos en presencia de un dosaje -dosis de una y otra- y no de una disyuntiva. A diferencia de una oposición simple, si no simplista, y que a este título presenta una realidad más que improbable, el dosaje valoriza las interrelaciones, interpenetraciones e influencias de dos polos efectivamente específicos pese y gracias al polo opuesto. La disyuntiva es estática, definida de una vez para siempre. El dosaje es dinámico, cambiante, evolutivo. Principio dialéctico por antonomasia.

El dosaje implica que ambas configuraciones obran en las acepciones positiva, negativa y realista, cada vez con contenidos particulares. Preconizamos al respecto ejercer una especie de prejuicio indulgente, según el cual la más irritante y dogmática de las acepciones quiere decir algo, presenta tesis a examinar de cerca, la voluntad partidaria

² La frecuentación de los escritos de Louis Althusser (1970) es preciosa para rectificar estas incomprendiones teóricas y sus impases prácticas, clínicas, políticas.

no asfixia completamente el proyecto racional ni este inspira obligatoriamente una postura ideológica y políticamente justa. Deslizarse entre las líneas, descifrar lo que no aparece en el texto pero que este dice, forma parte del trabajo de lectura. Desenterrar los dichos y entredichos de cada configuración, detallar el dosaje, la combinación, la fecundación recíproca, la intervención de cada configuración gracias a la otra, pese y contra ella, su contribución a la reproducción de la acepción considerada y de las elucidaciones de lo real que esta suministra. Se trata de practicar una desconstrucción rigurosa de la acepción considerada, a fin de consolidar sus puntos débiles o, según el caso, optimizar las perspectivas de salida. Esto supone de recurrir a una u otra de las tres acepciones, puesto que ningún punto de vista se enuncia más acá o más allá de las confrontaciones y de las alianzas.

El resultado de semejante empresa, que en efecto no puede efectuarse en una sola jornada, es un desplazamiento finalmente radical del problema del que partimos. Este busca la certeza absoluta, definitivamente indiscutible, el origen de todo origen. Sus ligas con la problemática religiosa pueden identificarse fácilmente. A su vez, abandonar dicha problemática implica plantear el problema sobre nuevas bases - implica modificar los términos del problema. Ya hemos avanzado algunos elementos: importa ante todo y sobre todo el juego concreto entre efectos de objetividad y efectos de no-neutralidad, sus interpenetraciones ininterrumpidas a propósito de una temática dada en un momento dado de la historia humana. Punto esencial: objetividad y no-neutralidad existen únicamente en el seno de la historia social, son evolutivos, obviamente discutibles y por tanto indefinidamente mejorables, a condición de acumular suficientes argumentaciones y pruebas empíricas. Su garantía radica, no en un más allá celeste, un Comité disciplinario o un principio transfigurado en estatua, sino en un trabajo incesante de demostración-rectificación y en los avances así inducidos.

Por supuesto, admitimos que este camino no conduce al origen absoluto, a la garantía de las garantías. A causa de una única y sola razón: semejante origen forma parte de una fábula teológica fuera de la cual carece de todo sentido. Abandonemos la dicotomía “absoluto/relativo” en favor del paciente trabajo del concepto (Hegel, 2017 [1807]) y sus rectificaciones sin fin.

¿Cómo estas observaciones funcionan para cada una de las tres acepciones?

En la acepción negativa, la argumentación suele concentrarse en algunas frases, locuciones y proposiciones que, reiteradas a manera de arquetipos, toleran raramente interrogaciones y discusiones. El menosprecio hacia la crítica sistemática, así como la defensa conservadora de lo existente consumen mucho tiempo y energías. Cosa que no



le impide funcionar. Al contrario, le asegura un espacio confortable en el perímetro de las ideologías hegemónicas, que, tal una tela de fondo, atribuyen a esta acepción un áurea de obviedad. Razón por la cual toda demanda de justificación deviene a priori sospechosa de crimen de lesa majestad. Dispensada de cultivar el rigor conceptual, esta acepción se topa con pocas resistencias, no pese a los lugares comunes que vehicula, sino gracias y en función de los mismos.

La acepción realista presenta un funcionamiento similar. Si bien padece, como la acepción precedente, de insolvencia conceptual, la acogida favorable que reserva a la crítica, a una cierta crítica, su reivindicación de una crítica sana y constructiva que nunca define precisamente, le imprimen un aura de sutileza, perspicacia, y sobre todo una presencia finalmente escurridiza. A menudo, la acepción positiva no logra aferrar esta postura a la vez cómplice (de apariencia) y adversaria (de hecho). Por eso algunas de sus variantes afirman su neutralidad plena y entera, sin percibir la contradicción en la que incurren, o bien abordan estas cuestiones con fuertes hesitaciones, vaivenes e indiscutible malestar.

Igualmente, en el caso de la acepción positiva. Fundar, afianzar, desarrollar ese pensamiento a contracorriente de las certezas dominantes del llamado “pensamiento crítico”, requiere esfuerzos tenaces, así como resistencias obstinadas frente a las embestidas empeñadas en contenerla, si no en destruirla. Sus adherentes pueden estar tentados de recluirse en la creencia y de abandonar, un poco o mucho, el registro de la deliberación, si no explícita y deliberadamente, al menos de hecho. Su cuidado principal es convencer a los ya convencidos. Algunos esgrimen el nombre de los padres fundadores y sus aportes otrora importantes a manera de escudo protector o poción mágica. Una terrible negligencia aparece así a cielo abierto: la actualización de las referencias y el reajuste de los argumentos constituyen una pura y simple exigencia de sobrevivencia. En nada evidente, por supuesto. Suponen fidelidad e innovación, principios férreos y estrategias dúctiles, tradición y ruptura: no uno u otro si no los dos al mismo tiempo - so pena de una cierta *museificación*.

La dificultad de confrontarse a las formas inéditas de anticrítica y de asentimiento al orden reinante fragiliza la acepción positiva, sobre todo frente a su contrincante realista. Esta situación espinosa desemboca en posturas semejantes a aquellas de las acepciones precedentes: ritualización de los argumentos, sacralización de los maestros y padres precursores, repetición ad libitum de los gestos fundadores, modismos y contracciones semánticas. O bien, alternativa cómplice en el seno de la misma problemática, algunos creen que renegar los referenciales fundadores alcanza para cambiar automáticamente de postura. Olvidan que decir lo contrario equivale frecuentemente a decir lo mismo al revés, generalmente menos bien. En todos los casos, un síntoma inequívoco se

manifiesta: las fuertes reticencias a aprender de los propios errores y a sacar partido de las objeciones que vienen del exterior. Los adversarios no dejan de denunciar este fantasma de “fortaleza asediada” que funciona de hecho como la contribución de la acepción positiva al sabotaje de su propia posición. Manera de recordar que el dogmatismo, en efecto, no es sólo una lacra ajena.

Conclusiones

En conclusión, la acepción positiva es sin duda la más tensionada de las tres, aquella que necesita un cuidado constante, a causa de las presiones externas a las que se confronta sin cesar y de sus repetidas coacciones internas.

Esta doble causalidad explica que, para proseguir su tarea hoy día, para enfrentar con algún éxito los desafíos de los tiempos modernos, el llamado “pensamiento crítico” debe satisfacer ciertos recaudos. Operación ya realizada por la acepción negativa cuando inventa su versión realista.

El primero de esos recaudos puede parecer banal, si no superfluo. En efecto, a lo largo del presente artículo hicimos hincapié en el hecho que un pensamiento no es crítico porque reivindique este epíteto o porque sus adversarios se lo adjudiquen. El recurso positivo o negativo, ensalzador o peyorativo de dicho calificativo moviliza problemáticas complejas y ramificadas, independientes de la buena o menos buena voluntad de uno o varios individuos y grupos. Un pensamiento autoproclamado crítico puede volverse poco a poco “realista”, si no reaccionario: no porque es víctima de las circunstancias, sino porque éstas le ayudan a desarrollar algunas de sus tendencias internas. Proclamar una y otra vez su hondo compromiso crítico no impide prestar su concurso a aquello que se detesta, no impide ser una víctima consintiente.

El segundo recaudo es una consecuencia del primero. Puesto que el pensamiento crítico no puede limitarse a meros enunciados, su vigencia pasa hoy día por su capacidad performativa, su potencia explicativa, su trabajo sobre las pruebas empíricas, si no domésticas de sus aserciones, su abandono de toda satanización de la eficacia, de la eficiencia, de los protocolos y otros formalismos que importa principalmente deconstruir y secundariamente denunciar. Más que un cliché académico o un tic profesoral, la argumentación tan rigurosa como posible evita ceder a la acepción realista el monopolio de la creación, del descubrimiento, de lo nuevo.

El tercer recaudo, *last but non least*, concierne al uso de los clásicos y otros padres fundadores y, por ende, de los referenciales teóricos e ideológicos. Una elección radical se impone. Sea se trata de un bagaje acreditado una vez y para siempre, porque en efecto lo que se ha construido en el pasado es de excelente factura y ha abierto nuevas



y prometedoras perspectivas, en cuyo caso se pretende que su sola invocación contemporánea valide los análisis que se practican y las posturas que se adoptan. Una cierta destreza en la manipulación de términos importantes corrobora este reposo del guerrero. Basta entonces con entonar un pensamiento que se supone hoy día crítico porque lo ha sido rotundamente ayer. Es, sin embargo, hartamente improbable que de los méritos del pasado devengan automáticamente las virtudes del presente.

Sea, y abordamos ahora una posición irreductible a la precedente, los padres fundadores y las referencias clásicas son efectivamente inesquivables, ni reemplazables ni sumisos a moda alguna. Tampoco son negociables según las conveniencias del momento. Son inesquivables en la medida en que son reiteradamente actualizados, perdurablemente contemporáneos, duraderamente vigentes. Los clásicos son grandes porque no vivieron solo ayer. Por ello importa extirparlos del panteón reverencioso para insertarlos en la vida y sus furiosas agitaciones contemporáneas.

Una refundación se halla probablemente en curso. Más acá y más allá de las grandes frases que suenan tan bien y dicen tan poco, el pensamiento crítico, dispositivo de interrogación de evidencias que no se resigna al mundo tal como va, conector indispensable para poder respirar, necesita probar que la crítica argumentada constituye un recurso ofensivo y eficaz, a diferencia del *pensamiento acrítico*, pensamiento perezoso que piensa lo menos posible y con un máximo de sobrentendidos.

Referencias bibliográficas

- Althusser, L. (1970). *Ideología y Aparatos ideológicos de Estado*. Nueva Visión.
- Hegel, G.W.F. F (2017 [1807]). *Fenomenología del Espíritu*. Fondo de Cultura Económica.
- Karsz, S. (2011). *Problematizar el trabajo social*. Gedisa
- Karsz, S. (2017). *Affaires sociales, questions intimes*. Dunod.
- Marx, K. (2006 [1844]). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Editorial Coligüe.
- Shakespeare, W. (1975 [1603]). *Hamlet. Príncipe de Dinamarca*. Editorial Universitaria.

Biografía del autor

Saul Karsz es Doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires y Doctor en Sociología por la Universidad Paris 5 – Sorbonne. Director de la Red Practicas Sociales. <http://www.pratiques-sociales.org/> . Especialidad trabajo social, análisis de prácticas. Correo electrónico: saul.karsz@gmail.com

